

POESÍA Y SENTIDO

Raúl Echaury. Universidad de Rosario (Argentina)

La idea de que el arte no es un lenguaje y que, por lo tanto, carece de significación, resulta más difícil de justificar en el terreno poético que en las otras artes, debido a que la sustancia de la poesía es la palabra, y donde hay palabra, hay significación.

El reino de la palabra es evidentemente el reino de la significación, pues no existe palabra que no implique un significado, es decir, *algo* significado. En tal sentido, las palabras son las cosas mismas en tanto significadas, o sea, en el lenguaje las cosas están en la condición de signos. Como todos los signos, ellas ocupan el lugar de las cosas pertinentes y su función consiste en aludir a ellas.

En el lenguaje cotidiano, la significación de las palabras es algo obvio, tal como ocurre con el término «pan» o el término «mar». Pero si ojeamos la obra de algún filósofo, advertiremos que frecuentemente el significado de las palabras queda indefinido. Así, Platón nos confiesa en *El Sofista* (237 c.) su perplejidad ante la expresión «no ser», preguntándose «a qué especie de realidad» podría aplicarse. De manera semejante, cuando buscamos el sentido o la significación del vocablo «ser» en la obra de Martín Heidegger, tratamos de saber a qué remite esa palabra, qué corresponde, en la realidad, a ese signo.

Análogamente, cuando alguien se pregunta ante una obra de arte, si ella encierra algún significado, está inquiriendo si es el signo de alguna realidad o de alguna cosa a la cual reemplaza y a la cual remite. En este sentido, el célebre cuadro de Monet, *Impresión: salida del sol*, significaría el amanecer; a falta de poder presenciar el espectáculo auroral, el cuadro lo sustituye como su signo.

Pero las obras de arte, como señalan algunos autores, no son signos, sino sustancias autosuficientes y autosignificativas, las cuales agotan todo su sentido y toda su significación en sí mismas. El cuadro citado no es el signo del amanecer y aunque pueda remitir al fenómeno natural correspondiente, no es su objetivo el hacerlo, porque esa obra es una nueva realidad, una realidad original, que tiene su propia consistencia existencial

y su propia personalidad artística, y cuyo sentido pictórico reposa exclusivamente en sí misma.

Ver el cuadro mencionado y limitarse a decir que él significa el amanecer, implica desconocer la experiencia estética propiamente dicha. Buscar significaciones en las obras de arte es hacer de ellas medios de instrucción y no objetos de contemplación. En algunas obras de arte podrá haber indudablemente información, acerca de la moda de una época, por ejemplo, o del mobiliario de la misma, o de lo que fuere, pero eso se da por añadidura. Para un amante del arte, lo primero consiste en admirar la belleza de las obras y esparcirse con ellas, no es tratar de leerlas y comprenderlas como si fuera un texto, hurgando en ellas su posible significado o sentido.

Y tampoco el poeta está interesado en significar el universo. Aunque no existe palabra sin significación, el poeta no usa las palabras con vistas a ella, ni tiene la intención de darnos a conocer el mundo, tal como lo hace habitualmente la prosa. Los poetas usan el lenguaje prescindiendo de su dimensión específica como medio de comunicación y expresión. Por ello, como señala Claudel, «uno emplea la palabra escrita con dos fines: o bien queremos producir en el espíritu del lector un estado de conocimiento, o bien un estado de alegría»¹. Indudablemente, con lo primero está comprometida la prosa; con lo segundo la poesía, empeñada en cantar y encantar, y no en proporcionarnos un saber.

Aunque existan prosas poéticas, en general la prosa y la poesía se distinguen entre sí, porque utilizan el lenguaje con distintos fines. Normalmente, la prosa está al servicio de la verdad, del conocimiento, de la información, etc. Pero la poesía no es un discurso. Más que servirse del lenguaje, ella sirve al lenguaje, dado que busca exclusivamente su belleza. Por ello, como dice Sartre, «los poetas son hombres que se niegan a *utilizar* el lenguaje»². Se niegan a utilizarlo, porque no lo emplean con su espontaneidad natural, consistente en reflejar el mundo en cualquiera de sus dimensiones. «La poesía -escribe Gilson al respecto- se sirve *incidentalmente* del lenguaje, porque no usa las palabras con los fines naturales de la palabra»³.

El fin de la palabra es significar, brindar algún tipo de saber; pero al poeta no le preocupa el entendimiento de las cosas (esta tarea le compete

¹ P. Claudel, *Positions et propositions*, París, Gallimard, 1948, p. 10.

² J.P. Sartre, *¿Qué es la literatura?*, Buenos Aires, Losada, 1976, p. 49.

³ E. Gilson, *Matières et formes*, París, Vrin, 1964, p. 213.

a la ciencia y a la filosofía), sino la creación de belleza verbal, de belleza hecha con palabras, las cuales, desde luego, poseen significación, pero también un sonido, una dimensión física que resulta capital en la labor poética.

Impensables sin un contenido semántico, las palabras tienen en sí mismas un relieve propio, un sabor típico. Algunas suenan ásperas, otra suaves al oído, algunas son pesadas, otras son ligeras, y el poeta las visualiza bajo esta óptica; por ello, como asegura Sartre, él «ha optado definitivamente por la actitud poética que considera las palabras como cosas y no como signos»⁴.

Por tal razón, está frecuentemente más interesado en la dimensión sonora que en la dimensión semántica de los vocablos, lo cual ha llevado a O. Paz a sostener que «el sonido en la poesía es el padre del sentido y no el servidor del sentido, como en el caso de la filosofía».

Si esta observación es justa, toda poesía resulta en realidad intraducible, tal como lo han destacado diversos autores. Y es intraducible, no porque varíe la significación de las palabras en los distintos idiomas, sino porque suenan al oído de modo diferente. Quien cree leer a Rilke traducido al español, o a Dante en inglés, o a Shakespeare en alemán, deberá desengañarse rápidamente, pues está leyendo otra poesía, que podría quizás, como dice Borges, ser mejor que la original, pero que es, en definitiva, otra poesía, porque la palabra poética está íntimamente asociada a la sonoridad de cada lengua. Lo que se traduce es simplemente el significado, el sentido de las palabras, pero la sustancia poética no es trasladable a otro idioma.

Por su parte, Valéry nos confiesa que ha compuesto ciertos poemas estimulado por algún ritmo «que poco a poco se ha dado un sentido»⁵. Incluso, le quita relevancia a la significación, al afirmar que «no existe verdadero sentido de un texto»⁶, llegando a sostener que sus versos «tienen el sentido que uno les presta»⁷.

⁴ J.P. Sartre, *Op. cit.*, p. 54.

⁵ P. Valéry, «Mémoires d'un poème» en *Variété V*, París, Gallimard, 1945, p. 92.

⁶ P. Valéry, «Au sujet du Cimetière marin» en *Variété III*, París, Gallimard, 1946, p. 68.

⁷ P. Valéry, «Commentaires de charmes» en *Variété III*, París, Gallimard, 1946, p. 74.

Con ello, Valéry está subrayando que la finalidad de la poesía no consiste en significar, sino en producir una estructura verbal bella en sí misma. En rigor de verdad, aunque el poeta hable, lo que dice resulta generalmente irrelevante, porque, en el fondo, no le interesa decir, sino hacer, confeccionar un poema cuyo fin sea el poema mismo, y no la revelación del rostro inteligible del mundo. Al respecto, Valéry fue interrogado frecuentemente sobre lo que había querido decir en alguno de sus poemas, a lo cual él respondía que no había «querido decir, sino querido hacer»⁸, y que fue la intención de *hacer* la que promovió lo que dijo.

Así como el filósofo es un hombre que busca la verdad de todas las maneras posibles y con el solo objeto de conocerlas, como lo indica espléndidamente Platón en *La república* (Vi 499a), el poeta es un hombre dedicado exclusivamente al servicio de la belleza. «De aquí no se sigue -anota Gilson- que el objeto de la poesía sea el significar alguna cosa, conceptos, imágenes y sentimientos. Ella lo hace siempre, en mayor o menor grado, pero su fin propio no es el hacerlo; ella no está incluso autorizada a hacerlo más que en la medida en que ella lo puede, sin que se haga posible alcanzar su propio fin, que es crear belleza con palabras, incluido su sentido, pero sin vincularlas principalmente con vista a su sentido inteligible, que es su verdad, admitida aquí con vista a su belleza. En poesía, y sólo en ella, *veritas ancilla pulchritudinis*»⁹.

No hay duda de que algunos poemas están nutridos de significación teológica, tal como es el caso de *La divina comedia* de Dante o de sentido filosófico, tal como se puede apreciar en el *De rerum natura* de Lucrecio. Pero en ambos casos, las nociones teológicas o filosóficas están allí en función de la belleza de la obra, compuesta primariamente para deleitar y no para enseñar. Este encantamiento que produce la poesía ha conducido a algunos autores a considerarla como el alma de todas las artes, justamente porque todas se proponen embelesar el espíritu y no promover el conocimiento. Si falta poesía, falta encanto, y si falta encanto, no hay arte.

Por ello, como en las otras artes, también en poesía hay que aspirar a la experiencia estética y no esmerarse en lograr la aprehensión conceptual de las obras, pues éstas sólo significan, como asevera Gilson, «la experiencia estética que causan, y nada más»¹⁰.

⁸ P. Valéry, «Au sujet du Cimetière marin» en *Variété III*, p. 63.

⁹ E. Gilson., *Op. cit.*, p. 221.

¹⁰ E. Gilson, *Pintura y realidad*, Madrid, Aguilar, 1961, p. 216.

Si esta consideración es verdadera, tal como nos parece, la significación de una obra de arte se reduce a la experiencia estética que provoca, y nada tiene que ver con la comprensión intelectual de la misma. Con ocasión de una conferencia dictada en Londres por A.J. Battistessa sobre literatura argentina, se planteó «el problema de distinguir entre poesía clara, poesía oscura y poesía simplemente hermética». «Una composición lírica -señaló allí nuestro crítico- puede ser clara u oscura, pero la carga esencialmente poética de ese "compuesto" es siempre imponderable. Lo poético se experimenta, no se comprende. Lo que se comprende es lo que en cada poema -o fácil o intrincado- no es precisamente poesía, aún supuesto que la sostenga o la suscite: el asunto, las palabras, las fórmulas sintácticas, la modalidad expositiva, los giros rítmicos, los esquemas métricos»¹¹.

Y nada menos que el mismo Goethe avala esta postura, al confiarle a su secretario Eckerman «que cuanto más inconmensurable y menos se preste a ser captada por el entendimiento una producción poética, tanto mejor»¹².

Como ya lo observara atinadamente Santo Tomás, la poesía se caracteriza por una falta de verdad (*defectum veritatis*). Su misión específica no consiste en escrutar la esencia de las cosas. Ella no se inscribe por ello en el plano del conocer, sino en el terreno del hacer. El poeta, y tal como su nombre lo indica, es el «hacedor» de belleza.

Al respecto, recuerda Borges «los formidables versos» de Ricardo Jaimes Freyre, «que no significan absolutamente nada y que quieren de algún modo decir todo: "Peregrina paloma imaginaria, que enardece los últimos amores, alma de luz, de música y de flores, peregrina paloma imaginaria". Versos que son -como decía Bernard Shaw- "word music" (música verbal) y no son mucho más ni mucho menos que eso».

Preocupados por conocer la verdad, el científico y el filósofo se mueven necesariamente en el ámbito de la significación. Pero ésta no juega un papel relevante en poesía, porque la intención del poeta, como la de todo artista, no es procurar el saber, ni enseñar o instruir, sino crear belleza para el regocijo de la sensibilidad y la recreación del espíritu.

¹¹ A.J. Battistessa, *El poeta en su poema*, Buenos Aires, Nova, 1965, p. 334.

¹² J.P. Eckermann, *Conversaciones con Goethe*, Buenos Aires, Jackson, 1949, p. 507.